

Halloween en Cuba (Compendio de textos)

Fernando León Jacomino. Director

En los primeros días de noviembre nuestra revista puso en circulación un Especial dedicado a la práctica mimética del Halloween en Cuba, con textos de Antonio Rodríguez Salvador, Ricardo Riverón y Jorge Ángel Hernández Pérez. Estos materiales tuvieron amplia circulación en redes sociales y generaron respuestas airadas de algunos enemigos de la Revolución, opiniones que pusimos en conocimiento de nuestros lectores, ya que constituyeron el punto de partida para la contrarréplica de Jorge Ángel Hernández.

A continuación ofrecemos un compendio de todos los textos que integran la polémica, dejando claro que no nos dejaremos intimidar por presiones enemigas, ni renunciaremos a tratar temas complejos de la realidad cubana, siempre desde la perspectiva constructiva y revolucionaria que ha caracterizado a nuestra publicación.

Halloween en las redes de la traslación cultural

La Jiribilla

Los druidas debían predecir el futuro tras los tres días del festival de Samhain, que comenzaba el 31 de octubre. Ese día marcaba el fin de la estación de verano y el comienzo del invierno para los celtas. Al quedar suspendido en el tiempo, era una coyuntura para que los muertos pudiesen volver y compartir durante unas horas en el mundo de los vivos. Cualquier conjuro era posible para evocar y conseguir ese regreso.

Desde las colinas, los druidas miraban el desandar de los seres. Allí encendían grandes hogueras, alimentadas con ramas de robles -un símbolo sagrado para los celtas-, arbustos y cuerpos animales, incluyendo humanos. Cuando se extinguían las llamas, los sabios podían ver los acontecimientos del período que iniciaba.

La conquista de los pueblos celtas por los romanos intentó corregir esta tradición, haciendo que se abandonaran algunos de sus componentes paganos. De acuerdo con la investigación de la antropóloga española Margarita Barrera, la festividad de Samhain fue asimilada al interior de la cultura romana como festival de Pomona, diosa de las manzanas y el otoño.

Tras la cristianización, la Iglesia Católica dejó las huellas de transformación cultural más visibles en esta celebración, haciéndola coincidir con la "fiesta de los mártires cristianos". Es en ese contexto que se modifica el nombre de Samhain por All Hallow's Eve o "noche de todas las almas", que luego devendría Halloween. Teniendo en cuenta su relación original con la muerte, igualmente fue instaurado por esa fecha "el día de los difuntos", marcado el 2 de noviembre en la actualidad.

La Contrarreforma protestante pautó otras formas de celebración, abandonando componentes

católicos que se habían introducido. Las migraciones de ingleses e irlandeses a Norteamérica durante los siglos XVIII y XIX conllevaron a una reelaboración cultural allí en la que se unieron diferentes modos de entender y festejar esos días de octubre y noviembre, donde también intervino la influencia del vudú, proveniente del sincretismo afrocaribeño.

No obstante, desde el siglo XIX, Halloween fue instituyéndose cada vez más profundamente como una fiesta dedicada a los niños en la sociedad norteamericana, lo que se consolidó en la posterior centuria. Bajo la mirada institucional, a partir de 1970, afirma la autora mencionada -quien se ancla sobre otros estudiosos del tema como Sutton Smith-, la fiesta ha sido favorecida por una "fascinación creciente que están obteniendo los temas ocultos y mágicos en los últimos años" [1]. Muchos lugares del mundo tienen sus fiestas por estas fechas, hurgando en lo propio, pero también dando cuenta de estas traslaciones culturales. Igualmente, aparecen manifestaciones, sobre todo, en países de la Europa céltica, que pretenden conservar elementos originarios de la tradición pagana.

En Cuba, ¿se festeja Halloween? ¿Qué hay detrás de la fiesta de disfraces que aparece como la manifestación más palpable de un deseo de celebración?

No es solo aquí que se presentan discusiones en torno al "espíritu Halloween". Varias posiciones convergen frente a este fenómeno; otras, divergen. Por un lado, se acepta como una práctica cultural que ha evolucionado en el tiempo hacia diferentes realidades; por otro, se habla de sus transformaciones a partir de la industria cultural y la influencia del mercado, que la han convertido más en un rito hacia lo lúdico y el consumo; igualmente, se aborda la problemática del poder y la institucionalización cultural, cuando se visibilizan solo determinados aspectos sobre otros durante las celebraciones en estas fechas, o logran ser conocidas algunas historias culturales en detrimento de otras.

No obstante, estos días marcan para la Isla la importancia de observar la translocalización como un proceso que la sigue influyendo culturalmente. Ello, motiva a la profundización porque, además del "deseo de estar juntos", promovido por muchos jóvenes, hay otros aspectos que sobresalen.

Internamente exponen dinámicas de recreación de espacios más autogestionados y diferentes sentidos. De ahí que la festividad cubana se reelabore de múltiples maneras. El Mejunje, en Villa Clara, ha dado lugar a festejos para hablar lúdicamente de la realidad local y nacional. También han existido noches de octubre dedicadas al aquelarre feminista en La Habana. Ha sido "la hora de las brujas" para abordar, entre juegos y disfraces, el machismo y el patriarcado a nivel social, cultural y político. Igualmente, escritores se han reunido para dar a conocer textos sobre terror por esta fecha, como ocurrió reciente en la UNEAC.

La traslación cultural aquí encuentra alimento tanto en las tradiciones propias, como en las fiestas de México, como en las de muchos otros sitios.

El antropólogo Néstor García Canclini ha destacado la importancia de leer la contemporaneidad "sin caer en la deslocalización absoluta, ni el mero regreso a la exaltación nacionalista" [2]. Y ello tiene

que ver con los modos de acercamientos culturales que hoy son más potentes que en momentos anteriores, y que se producen por los medios de comunicación, pero también por los desplazamientos humanos y otros procesos. Hay incluso, dice Canclini, quienes no quieren desplazarse.

En este mundo permeado por una evidente transterritorialización, donde siguen aflorando diferencias y desigualdades culturales, enredadas en mediaciones políticas, económicas, sociales, continúa siendo fundamental la inmersión en las maneras en que desde lo local se está en lo global, lo que no se traduce en un único camino. Esa diversidad se convierte en un desafío a lo interno, pues llama a la reimaginación de políticas culturales, que significa pensar a partir del sistema de relaciones que se van dando socialmente.

De ahí que La Jiribilla vea como un aporte esencial la discusión; contar desde las capas culturales que van llegando hasta hoy y las complejidades que arrastran, así como dar apertura al debate en nuestras páginas. Ello nos resulta, en este momento, un primer paso.

Notas:

1. Barrera, Margarita. *Halloween: Su proyección en la sociedad estadounidense*. Tesis en opción al grado de doctor. Facultad de Geografía e Historia. Universidad Complutense de Madrid, 2003.
2. García Canclini, Néstor. *La sociedad sin relato. Antropología y estética de la inminencia*. Katz Editores, Madrid, 2010.

Halloween a lo cubano o cierto más allá sin más acá

Antonio Rodríguez Salvador

Alguna vez he dicho que la Autopista Nacional, la única de largo aliento que tenemos en Cuba, empieza en Taguasco y termina en La Habana. No confundo las jerarquías: si el tamaño de los pueblos se midiese por el grado de relación emotiva entre sus habitantes, un taguasquense medio suele conocer a muchas más personas en Taguasco, que un habanero en La Habana.

Y digo Conocer —así con mayúscula. Saber de cualquier paisano su nombre y apellidos, y el de los padres, y el de los primos; y donde estudió, y cómo se llamaba la primera novia que tuvo.

En las grandes ciudades, las vidas suelen ir por dimensiones paralelas: cada personas viaja en su ruta como por un laberinto de cristal, donde se puede ver al vecino, pero acaso distorsionado; ajeno de la intimidad. Hay algo en las grandes ciudades que difumina al individuo; lo empaña y lo hermetiza; lo torna extraño para el semejante. En La Habana, por ejemplo, pareciese que hay un solo chofer de guaguas: ese alguien que en realidad percibimos como un algo, como una cosa. La mayoría de las veces el guagüero es una suerte de sustancia secundaria, según la lógica aristotélica, una abstracción; cuántas veces no lo habremos visto como una contestadora automática que en cada parada repite: "No se amontonen delante; un paso atrás, por favor.

En cambio, palabras como “usuario”, “transeúnte”, “pasajero”, y demás bloques lingüísticos que cosifican al prójimo o lo reducen a un cometido, son impensables en los pueblos pequeños. En Taguasco no solo hay como 20 o 30 guagüeros, sino que quien está comprando en la tienda es Javier, la que viene por la acera es Tamara, y quien montó en la guagua es Analía.

Exagero, naturalmente... pero no tanto. Las grandes ciudades, tienen la virtud de ser cosmopolitas: puertas abiertas al mundo, mirada hacia delante, carrera en busca de la modernidad, expansión y síntesis del pensamiento; matriz donde lo extraño se junta con lo propio, para incorporar genes frescos a la cultura. En las ciudades grandes, lo ajeno concurrente se tamiza y amulata, hasta que un día llega a formar parte de la idiosincrasia.

Los pueblos pequeños, entretanto, son sustancia del mito, guardianes y carácter de la tradición; suerte de “anticuerpos” para prevenir invasiones culturales incompatibles. Ni Buenos Aires, ni Ciudad México, ni La Habana, podrían encarnar el espíritu de todo un continente. Sin embargo, esto puede hacerlo Macondo. “Si quieres ser universal, pinta tu aldea”, recomendaba Tolstoi. Quiero decir, para ser cosmopolita y mirar afuera, primero hay que ser universal y vernos por dentro. La cultura que somos es sobre todo el mito que somos: un “más allá” erigido sobre cierto “más acá” de costumbres y tradiciones consustanciales.

En fin, llegado a aquí me permito preguntar: ¿Qué argumentos de nuestros mitos, tradiciones y costumbres explicarían que de pronto un “más allá” de trasgos, banshees y zombis se sustituyan nuestro imaginario de güijes, santos y orishas? El Halloween, fiesta esencialmente norteamericana, es resultado del sincretismo de tradiciones cristianas y celtas: de una parte el Día de Todos los Santos, y, de otra, el Samhain, —en gaélico “fin del verano”— festividad con la que los celtas celebraban el fin de la temporada de cosecha y el comienzo de la estación oscura. ¡Caramba!: ¿Es que acaso empezaremos a celebrar el arribo al equinoccio de otoño, en un país donde ni siquiera hay otoños, sino períodos de seca y lluvia?

En Cuba solemos celebrar el Día de los Fieles Difuntos cada 2 de noviembre; ese día se limpian bóvedas y nichos fúnebres, y se colocan flores frescas a los familiares muertos —algunos prenden velas u ofrendan vasos espirituales—; pero qué particular percepción del mundo, o criolla cosmovisión, justificaría sincretizar esa tradición con el Samhain celta.

¿Acaso necesitamos protegernos de los demonios propios de la “estación oscura”, aquí, en los trópicos, donde la duración del día y la noche no establecen diferencias significativas ni en julio ni en enero? ¿Por casualidad para agradecer a los dioses por el éxito obtenido en la cosecha, justo cuando en Taguasco —en el arquetipo que representa Taguasco— los campesinos empiezan a sembrar los frijoles, y aún falta un mes y para que arranque la zafra azucarera?

Y qué dulces comeremos ese día ¿Acaso natillas criollas?, ¿arroz con leche o torrijas?, ¿o manzanas acarameladas en un país donde jamás ha florecido un manzano?

Septiembre, mes de las calabazas, se dice lo mismo en La Habana que en Taguasco cuando un siete

aparece en la mesa del dominó. ¿Acaso ahora habríamos de decirlo cuando se coloque un ocho? Calabazas que, por cierto, tendríamos que importar o fabricar de plástico, porque las que suelen usarse como emblemas del Halloween, esas grandes, redondeadas, color naranja, cuyo nombre científico es *Cucurbita máxima*, no suelen cultivarse en Cuba, sino en países de clima templado. Desde luego —y valga subrayarlo— esta tradición celta-católica sobre todo ha sido “sincretizada” a imagen y semejanza de Hollywood. En esencia significa un “más acá diseñado para divorciar a los pueblos de sus culturas y tradiciones, de modo que sus pautas de conducta y escalas de valores terminen coincidiendo con los intereses del mercado. En su “más allá”, tan solo reina la “santa” rentabilidad de unas “sacrosantas” trasnacionales.

En fin, el tema es complejo y polémico, por tanto sospecho que rebasa la prudencia de un artículo. Creo, eso sí, que este tal *Halloween made in Hollywood* solo está desembarcando en ciertos espacios vacíos que paulatinamente nosotros mismos hemos creado. Creo también que se alimenta con determinadas necesidades dialógicas sociales que no están siendo cubiertas: un dialogismo que, por cierto, hasta ahora ha permitido que quien camine por las calles de Taguasco, o entre a comprar en sus tiendas, todavía no sea llamado por el utilitario y genérico nombre de transeúnte o consumidor.

Con el diablo en el saco

Ricardo Riverón Rojas

El Mejunje, en materia de retos a la creatividad, es sede de todo lo imaginable: lo insólito y lo común, lo lírico y lo burlón, lo luctuoso y lo festivo. Todo el espíritu de una Santa Clara que conserva parte de su gracia rural, sin renunciar a los códigos citadinos, se expresa entre esas paredes, otrora ruinosas y hoy restauradas por la magia de quienes a diario le transfunden sus vidas.

Todo el que quiso salvarse fue al Mejunje la noche del 21 de diciembre de 2012, para evadir la profecía maya en “El Arca de Silverio”, que bajo el lema de “Si el mundo se va a acabar, que me sorprenda bailando”. De haber chocado la Tierra con el planeta Nibiru —me dijo Silverio poco después— el fin del mundo nos hubiera encontrando moviendo los pies, “entre frijoles, papa y ají”, con *Los Fakires* como bodegueros.

Las antenas del Mejunje son del tamaño del sol: todo lo captan, por eso ha sido, si no pionero, sí riguroso promotor de tantas cosas malditas o preteridas: el travestismo, el repudio a la homofobia, el trabajo comunitario en las montañas con su brigada Los Colines (desde 1986), la promoción del rock, el rap, la Trovuntivitis, los Filingbusters, la fiebre de la vitrola, el teatro vernáculo, la décima humorística, el danzón. Y también, cómo no, del Halloween.

Recientemente me comentaron que en una zona específica del Vedado habanero (la transgresora calle G) un grupo relativamente numeroso de jóvenes de los llamados “mikis” han comenzado a reproducir, con lamentable matiz imitativo, los rituales de la que también se conoce como “Noche de brujas”.

Remité entonces mis recuerdos a los finales de la década de los 90, cuando coincidiendo con la fecha

del Halloween, el líder del Mejunje le dio vida a la noche de los disfraces, entonces con carácter competitivo.

Mientras estos “chicos bien” hoy despliegan enmascaramientos de colores naranja, morado y negro, y van de puerta en puerta para soltar el consabido “*Trick-or-treat*” (truco o trato), Silverio, tal un Jack el Tacaño (o Jack el del Farol) moderno, encierra al diablo en un saco y se convierte él mismo en un Dios frente al cual cada joven involucrado asume las más inusitadas identidades que pueda nadie imaginar, todas muy cubanas, muy paródicas, muy originales, algunas de ellas rebosantes de genialidad.

Me comentó también Silverio que del Halloween solo aprovechó la fecha, pues lo que en el Mejunje se hace no tiene nada que ver con los rituales de esa tradición. En la actualidad —abundó— resulta imposible seguir con el carácter competitivo con que empezaron las jornadas, porque todo el mundo va disfrazado, y además, son tantos que apenas se puede caminar en el coliseo, donde tampoco logran entrar todos los aspirantes. Baste saber que a la última edición asistieron más de mil jóvenes y, al menos 500, tuvieron que hacer su fiesta en la calle, cuyo tráfico fue necesario cerrar. Son personas de todas las extracciones, filiaciones, preferencias, niveles culturales, credos y razas: una verdadera apoteosis del demos.

Reseño entonces algunos de los premios de la época competitiva: un joven conocido por *El Mojón* ganó al menos tres lauros en distintos años; uno de ellos disfrazado de “Proteína vegetal”, otro de “Olla arrocerá *Liya*”, y el más loco de todos, a dúo con *El Niño Fongo*, cuando se vistieron de “Torres Gemelas” tras los lamentables sucesos del 11 de septiembre de 2001. *El Químico* fue otro que llamó mucho la atención, pues interpretó a “El pensador” de Rodin, y se mantuvo en pose estática por cerca de tres horas. Los personajes de telenovelas tuvieron siempre sus pariguales en esas noches, igual los de los programas humorísticos, los güijes, ciguapas, madres de agua, extraterrestres, fantasmas, instrumentos musicales, y vaya usted a saber cuántos sujetos u objetos más.

El único código para descifrar el injerto que los jóvenes habaneros hacen del festejo de origen celta en nuestra rica, volumétrica y millonaria atmósfera mítica, me remite a una mimesis exacerbada por la desinformación, junto a unos consumos culturales centrados en el despliegue audiovisual donde lo *light* de los parlamentos, el culto a lo fastuoso y el desborde lumínico protagonizan casi todo. Y si digo casi es porque la otra tajada se la lleva la exaltación a ultranza de la individualidad.

Me permito, en consecuencia, una digresión: hace dos décadas más o menos una, —para mí— injustificada tendencia egocéntrica compulsó a todos los directores de agrupaciones salseras a rebautizar sus proyectos con nombres que pasaron a ser “Fulano y sus equis”. Se trataba de un fenómeno poco frecuente en nuestra tradición, porque si bien es cierto que existieron *Arcaño y sus maravillas* o *Chapotín y sus estrellas*, quienes acompañaban al director en el nombre de la orquesta eran maravillas o estrellas, no los entes bastante desdibujados —apenas números— del momento que puntualizo.

Lo imitación de la producción cultural de un primer mundo globalizado discurre por nuestra dinámica cotidiana con una naturalidad que espanta; se ha convertido en piedra de toque para el acceso a las preferencias populares. Habría que preguntarse si era necesario que una idea tan feliz como la de *Sonando en Cuba*, aparte de la exacerbada ponderación de las composiciones de dos de los mentores, la concibieran acogidos a los mismos códigos comunicativos del globalizado *La Voz*. Cuando vemos estas manifestaciones, unidas al espaldarazo que reciben de los medios, comenzamos a explicarnos, y a sufrir aún más por lo incorregible, frente la imitación del Halloween en la preciosa Avenida de los Presidentes.

Hace 20 años, en su ensayo *La globalización y la crisis de lo popular*, Jean Franco precisó:

Si el capitalismo trasnacional fundamenta su dominación global en la constitución de una red simbólica que reduce al extremo toda posibilidad de un Afuera, si lo real se retira hasta el punto de que la naturaleza y el inconsciente no son ya más que en la medida en que la industria cultural los produce como simulacros, si estamos reducidos a la indigencia de tener que pensar la historia a partir de la ausencia de historia, ¿cuál es entonces el sentido que pueden guardar las diferencias locales? ¿Qué hace a Brasil diferente de Francia o a Uruguay de España? [1].

Ramón Silverio, que no es "Jack el del farol", de momento sigue con el diablo encerrado en su saco y sueña con que cada año, en la noche del 1 de noviembre, la imaginación popular nos regale a los santaclareños un nuevo performance multitudinario donde la cubanía exponga, con toda su picardía, gracia y vigor, los destellos que la distinguen.

Nota:

1. Jean Franco: "La globalización y la crisis de lo popular", en *Nueva Sociedad (Democracia y política en América Latina)*, N° 149, Mayo-junio de 1997, ISSN: 0251-3552, fecha de consulta, 27 de octubre de 2017, disponible en <http://nuso.org/articulo/la-globalizacion-y-la-crisis-de-lo-popular/>

Halloween en Cuba: ¿folclor de clase B?

Jorge Ángel Hernández

Las festividades populares que arraigan en la tradición de los pueblos, provienen de diversas estancias evolutivas en la historia de sus manifestaciones. El carnaval, como ejemplo emblemático, lleva de fondo un largo periplo de ritual religioso y celebraciones paganas en Europa. Sus formas se han diversificado en América Latina y han dado lugar a espectáculos que son hoy patrimonio cultural para la humanidad. Por lo general estas fiestas propician la descolocación de la rutina industrial de la sobrevivencia e invierten las hegemonías del mundo en que viven los sujetos que de ellas participan. Cuando se cristalizan sus prácticas, algunas llegan a ser masivas, posesivas, irracionales en uno y otro evento de los que las conforman.

Otras, como tantas de las que analiza Frazer en su clásico *La rama dorada*, centran su accionar en la relación misteriosa entre el ser humano y los espíritus que determinan el curso de su vida. Las cencerradas, diversas, que nutren el folclor universal, van de estos objetivos a la denuncia acusatoria

de disyuntivas en el comportamiento ciudadano. Así tenemos en Cuba, por ejemplo, el toque de fotuto, que se ejerce sobre aquellos hombres que han aceptado una mujer que antes le fuera infiel, o lo dejara. Culmina su ritual –que no su fiesta– cuando el interpelado entrega la botella de ron a los tocadores de fotuto.

Las celebraciones de Halloween se han arraigado en el mundo anglosajón, sobre todo en el contexto norteamericano, donde la industria cinematográfica genera y reproduce patrones de conducta capaces de reproducir y generar productos que en serie se fabriquen. No es tan antiguo este boom, aunque la tradición tenga su origen en aquellos mismos tiempos en que se forjaban las prácticas paganas asociadas a las celebraciones de la Iglesia Católica, ideológicamente imperante en el mundo occidental; data, apenas, de la década del 70 del pasado siglo XX.

La puja por llevar a las costumbres populares un ritual que preanuncie la víspera de Todos los Santos, aunque esta olvide en su práctica el motivo religioso, como con tanta naturalidad ocurre en el folclor, se había mantenido en los Estados Unidos con cierta regularidad. No consiguió expandirse, sin embargo, como lo hiciera a partir de que el cine la incluyó en series de terror de clase B que lograron altos resultados de venta y de reproducción de sus patrones estéticos. Paradójicamente, rompe la norma católica de relación con la festividad pagana, pues los eventos emotivos de su trama se alejan del objetivo religioso, aunque el guion acepte ciertas coincidencias ideológicas. Tampoco, hay que reconocerlo además, es solo la serie de terror la que ha acudido a presentarla, pues en muchos otros filmes posteriores hallamos situaciones incidentales que muestran a los niños llamando a las puertas para pedir el "truco o trato" o, incluso, a personajes protagónicos que se preparan para recibirlos. Son escenas de tránsito en la trama que la memoria colectiva suele retener.

En Cuba, mayormente en La Habana, Halloween ha intentado resurgir cuando nos hemos adentrado en el siglo XXI. Lo ha hecho más a través de las fiestas de disfraces que del reclamo de aguinaldo, que es el que acompaña a la Iglesia a lo largo de su historia, y que a su vez permanece en el mundo anglosajón. Son los jóvenes consumidores de series de TV sus practicantes principales. Es difícil hallar en nuestra historia ejemplos que se le asocien, ni siquiera en la primera mitad del siglo XX, cuando tantos esquemas estadounidenses buscaron imponerse como norma de cultura a imitar. Los que lo hacían eran sujetos aislados, casi siempre encumbrados en las clases más altas, y sus acciones carecían de la capacidad de expansión que el folclor necesita. Era una imitación sencillamente ridícula, de escandalosa incultura y esencia de pastiche.

¿Arrastra el intento de este tiempo motivos más o menos análogos a los de aquellas señoras de dinero ignorante que se disfrazaban? ¿Hay un deseo de convertirse en personaje de la industria audiovisual cuando convocan a Halloween en La Habana del siglo XXI? Los personajes elegidos para disfrazarse acentúan esta idea, pues la inmensa mayoría tiene sus fuentes elementales y precisas en la industria del audiovisual. Desde Batman y Robin, Drácula, Spiderman o hasta el mismísimo Eduardo Manostijeras, son figurillas de cera de la industria del Hollywood.

Tampoco es barato el alquiler del disfraz, por lo que es de suponer que no son de escaso poder

adquisitivo quienes se han embullado con la idea. Deslavado acaso de las incidencias concretas de la Guerra Fría, latente en los 70, cuando surge el boom, este intento de trasplantar Halloween a Cuba remeda esa intención de imitadores incultos que no sabían qué hacer con la información que recibían. Plagian, sencillamente, la costumbre anglosajona que la industria cultural ha conseguido descafeinar. De momento, parecen estos los elementos visibles de la trama. Corresponde a la antropología cultural, si es que tenemos de verdad, estudiar el fenómeno, documentar sus prácticas, para que otras Ciencias Sociales decidan acercarse y emitir conclusiones. Cabe, seamos justos, la posibilidad de que algo insulso y efímero, tan desasido de las motivaciones populares cubanas de cristalización de tradiciones, desaparezca en tanto los estudios científicos intentan despegar. Valdría la pena, a fin de cuentas, que ocurriera. Le habríamos ganado una batalla concreta al ejército de la estupidez y la banalidad con que la industria cultural invade nuestras vidas. Y no hay científico serio que no se alegre de estar alcanzando esta victoria.

Ideología de clase B tras el disfraz de Halloween

Jorge Ángel Hernández

No es de extrañar que la publicación *Diario de Cuba* se solace en ataques furibundos a todo lo que les huele a oficialismo en Cuba, es decir, a todo aquello que no sea un brulote directo a la Revolución cubana. Su filiación político-ideológica, de militante plattismo, ha hallado la necesaria contribución económica de la USAID y sus mecanismos de injerencia. El esquema es sencillo y no se aparta en nada de los métodos de guerra fría: solo tienes derecho a opinión, y a calidad de opinión, si abjuras y perjuras a pulmón batiente de todo lo hecho por el proceso revolucionario cubano.

No sería de extrañar, por ello mismo, su preocupación por el Dossier dedicado a las manifestaciones de Halloween que se han observado en ciertas prácticas urbanas de nuestro país. Sin embargo, la fijación en el hecho llama la atención: primero una reseña anónima que convierte en anónimos a los tres autores que en *La Jiribilla* firmamos. Luego dos de esos brulotes que intentan, estilos y recursos de guerra mediante, convertir el problema en un asunto generacional de provincianos. Así, tanto Antonio Rodríguez Salvador, Ricardo Riverón y Jorge Ángel Hernández, quedamos debidamente parametrados por el espectro ideológico de sus airados columnistas.

El punto de vista de los tres artículos publicados en el Dossier de *La Jiribilla* es esencialmente cultural y se entronca en conceptos de folclor más o menos coincidentes. No obstante, los heraldos de *Diario de Cuba* ven en ello solo un ejercicio político de sumisión (con otra sarta de ofensas ideologizadas que ya hubieran querido tener a mano los censores de Stalin) y un alarido de decadencia cultural. ¿Es tan fuerte el trasfondo ideológico de las manifestaciones de Halloween en Cuba que activa con ese donaire el encono natural de sus ideólogos?

Con solo un buen fajo de lecturas, y sin necesidad de doctorados, puede saberse que las prácticas folclóricas se nutren de manifestaciones espontáneas que dejan de trasfondo sutil sus objetivos ideológicos y sus jerarquías culturales. Es una visión que podemos hallar, digamos, en Richard Taylor,

quien no sé si a estos personajes les parecerá un agente del régimen. Las manifestaciones de inversión social carnavalesca —sea cual sea la festividad que las arrastra— son siempre efímeras a la hora de invertir las diferencias clasistas y no se comprometen, jamás, con ejercicios de cambios revolucionarios, aunque, por ejemplo, tanto en 1894 como en 1953, hayan servido en Cuba de pretexto para alzamientos armados y revolucionarios.

No es difícil advertir que las perspectivas de juicio cultural se han polarizado: desde el Dossier de *La Jiribilla* llamando a un folclor más raigal nacionalista, desde *Diario de Cuba* abogando por la entrega ideológica a las prácticas con que la industria cultural segrega el sentir y el gusto popular.

Pero todos los ofendidos agresores obvian lo obvio: las parametraciones, errores y desvíos que surgieron, y persistieron, en los diferentes momentos de la historia cubana posterior a 1959 son manifestación y consecuencia de un estadio superior de nuestra cultura, impensable en condiciones de capitalismo dependiente. Incluso todos y cada uno de esos agresores debían reconocerse como becarios directos de estas proyecciones culturales revolucionarias. Posteriormente, y bajo alharacas diversas que buscan limpiar sus expedientes, han decidido asumir el discurso ideológico de confrontación enemiga como asidero de visibilización propagandística. Pero todos, sin excepción, se beneficiaron de la política de Estado socialista y no existirían si ella no hubiese sido puesta en práctica. Es una paradoja que la ciencia-ficción, también de clase B, explica con sencilla naturalidad. Hay una paradoja esencial entre la crítica al error y a las desviaciones aberrantes dentro del propio entramado socialista, y la negación absolutista que esgrime ese plattismo. Intenta a toda costa camuflar su entreguismo cultural bajo nociones de cosmopolitismo y contaminación espontánea de prácticas globales.

Así, lo que me pareció en principio un objetivo de relevancia efímera, focalizado en folclor de tono kitsch, se muestra en estas reacciones como sustentado por la subliminalidad política que el ejercicio de posguerra fría asume contra Cuba. ¿Será preciso atender a este punto y desentrañar el porqué del prejuicio reactivo? ¿Hay algo más, o menos, de objetivo político direccionado —y parametrado, por cierto— en la ayuda a promover un Halloween de clase B? El acoso al que estamos siendo sometidos tres autores cubanos que hemos expresado nuestros puntos de vista acentúa la sospecha de que es cierto.

Textos de otros medios en respuesta a trabajos del dossier

Halloween preocupa al oficialismo: “El ejército de la estupidez y la banalidad nos invaden”

Fuente: *Diario de Cuba*. 4 de noviembre de 2017

La preocupación de las autoridades culturales por Halloween, una celebración que se ha colado en la Isla, sobre todo en ambientes de La Habana, ocupa varios espacios en la última edición de la revista oficial *La Jiribilla*.

“¿Qué argumentos de nuestros mitos, tradiciones y costumbres explicarían que de pronto un 'más allá' de trasgos, banshees y zombis sustituya nuestro imaginario de güijes, santos y orishas?”, se cuestiona un artículo que compara la fiesta cubana “con cierto más allá sin más acá”.

Defiende costumbres religiosas como la del Día de los Santos o Fieles Difuntos que siempre se han celebrado en Cuba, aunque durante años a escondidas. Así, ataca Halloween desde las religiones católicas y afrocubanas, cuyos practicantes fueron perseguidos por el régimen durante décadas.

El autor cree “que este tal Halloween made in Hollywood solo está desembarcando en ciertos espacios vacíos que paulatinamente nosotros mismos hemos creado”, probablemente en referencia a iniciativas del sector privado para hacer más visibles y atractivos sus negocios.

Para el periodista, el Halloween cubano “se alimenta con determinadas necesidades dialógicas sociales que no están siendo cubiertas...”.

En otro trabajo que incluye el número 837 de la que se define como revista de cultura cubana, titulado “Con el diablo en el saco”, se habla de “espanto”, no precisamente por la noche de brujas, sino porque cada vez más jóvenes en La Habana se sientan atraídos por esta celebración “capitalista”. El artículo parte de un proyecto cultural que se realiza en Santa Clara, El Mejunje, que pone como un ejemplo de buen hacer, pero aprovecha para cargar contra quienes desde la capital “han comenzado a reproducir, con lamentable matiz imitativo, los rituales” de Halloween.

La “imitación de la producción cultural de un primer mundo globalizado discurre por nuestra dinámica cotidiana con una naturalidad que espanta; se ha convertido en piedra de toque para el acceso a las preferencias populares”.

Otro artículo de *La Jiribilla*, bajo el título de “¿Halloween en Cuba, folclor de clase B?” arremete contra Hollywood y la culpa de esparcir la semilla de la “banalidad” fuera de EE.UU.

“¿Hay un deseo de convertirse en personaje de la industria audiovisual cuando convocan a Halloween en La Habana del siglo XXI?”, se pregunta su autor.

“Los personajes elegidos para disfrazarse acentúan esta idea, pues la inmensa mayoría tiene sus fuentes elementales y precisas en la industria del audiovisual. Desde Batman y Robin, Drácula, Spiderman o hasta el mismísimo Eduardo Manostijeras, son figurillas de cera de la industria del Hollywood”, añade.

Asimismo supone que “quienes se han embullado con la idea” de celebrar la fiesta en La Habana “no son de escaso poder adquisitivo” y puntualiza que “tampoco es barato el alquiler del disfraz”.

Termina calificando a Halloween y sus promotores de “ejército de la estupidez y la banalidad con que la industria cultural invade nuestras vidas”.

Fuera de *La Jiribilla*, la edición digital Telecubanacán considera que “la Noche o Día de brujas encontró en Cuba, desde hace varios años, otro escenario donde desplegar todas sus fanfarrias y alborotos”.

Según la autora del artículo, Halloween ha estado “sobre todo amparada por su recreación casi permanente en series, animados, videojuegos y películas puestas al alcance del público semana tras semana en el ansiado y económico 'paquete’”.

Admite que “la estética de la fiesta, el desborde de fantasía que la asociación con el inframundo siempre encierra y hasta la oportunidad de comer y obtener golosinas (...) sea un acontecimiento atractivo sobre todo para los más jóvenes”.

Sin embargo, condena que la fiesta “nada tiene que ver con nuestras tradiciones e identidad cultural. Aún más cuando el motivo de la celebración parte de tradiciones y culturas reales, pero distantes de la nuestra desde todos los puntos de vista”.

Lo peculiar de la celebración de Halloween en La Habana es que comenzó —hace aproximadamente diez años— en las escuelas internacionales donde estudian los hijos de los diplomáticos y residentes extranjeros en Cuba.

Más tarde, las academias clandestinas de idioma sigilosamente celebraban fiestas donde los niños se disfrazaban.

Hoy se puede encontrar lo mismo en un centro nocturno, en una casa particular, en un parque o un punto de la calle G a un grupo de personas que escogen ese día como pretexto para divertirse, incluso bajo la mirada amenazante de la Policía.

Halloween es diversionismo ideológico

Jorge Enrique Rodríguez

Fuente: *Diario de Cuba*. 6 de noviembre de 2017

La última edición de *La Jiribilla*, revista oficialista de cultura cubana, dedica un dossier de tres artículos a las celebraciones de Halloween en La Habana. A criticar esas celebraciones. Antonio Rodríguez Salvador, Ricardo Riverón Rojas y Jorge Ángel Hernández se conjuran en torno a lo que el poeta Rodolfo Rensoli llama “la persistencia de la idea del diversionismo ideológico”.

Una persistencia manifiesta en la actitud fiscalizadora y policiaca que distingue al Ministerio de Cultura en su relación con aquellos espacios alternativos no comprometidos con sus líneas ideológicas. *La Jiribilla* ataca la celebración de Halloween en nombre de costumbres, tradiciones culturales y prácticas religiosas que después de 1959 fueron silenciadas, invisibilizadas, perseguidas, prohibidas, ninguneadas, censuradas.

Ninguno de los tres artículos publicados logra escapar a la emboscada del provincianismo, un reducto que les imponen sus propios autores, quienes intentan inculcar al lector su paranoia, su temor a la idea de abrirse a la emergencia de nuevos íconos identitarios en una Cuba que, como nación, se enfrenta pacata y tardíamente al escarceo con el turismo.

Existen criterios que señalan a Halloween como festividad asociada a sectores sociales de más recursos económicos. Pero en coincidencia o no con esta apreciación, resulta demasiado barato

comulgar con la preocupación de Antonio Rodríguez Salvador que siente amenazado nuestro “Día de los Fieles Difuntos”, y escandalizado pregunta: “qué particular percepción del mundo, o criolla cosmovisión, justificaría sincretizar esa tradición con el Samhain celta”.

Sería interesante preguntarse por qué la clase media —o esos sectores sociales de más recursos económicos— no pueden hacer su aporte a las tradiciones. Más interesante aún es averiguar qué particular percepción del mundo tienen en la Cuba revolucionaria los que deciden ante cuáles dioses persignarse, a cuáles tradiciones o costumbres rescatar y rendir culto, y qué cultura defender y definir como identidad nacional.

Rodríguez Salvador, que en su texto inquires sobre los destinos de “nuestro imaginario de güijes, santos y orichas”, parece desconocer que el ser practicante de religiones afrocubanas, cristianas o católicas fue motivo de exclusión, de persecución y de marginación sociopolítica, en una cacería de brujas que casi dura hasta ayer.

No fue el marxismo-leninismo, por sí solo, quien criminalizó y todavía criminaliza a un Obonekue o Indisime (iniciado y aspirante a ñáñigo, respectivamente) bajo los mismos pretextos que se esgrimieron durante el régimen colonial y más tarde en la República. Persistencias que pueden verificarse en documentos expuestos por Tato Quiñones en su libro *Asere núncue: itιά ecobio enyene bacuá*.

En La Habana tuvo su fundación Teatro Cimarrón, compañía dirigida por Alberto Curbelo, considerado el dramaturgo cubano que más ha incursionado en las culturas y mitologías de los pueblos originarios del Caribe. Sus obras escritas, así como sus montajes escénicos, tienen como objetivo ideológico visibilizar la impronta del negro y contribuir al rescate y representación de las tradiciones orales y culturales afrocubanas. Y durante más de una década la sede de Teatro Cimarrón (antiguo cine Edison) se enfrenta al derrumbe, ante la postura inmutable y pasiva de las instituciones culturales, e incluso ante el silencio de *La Jiribilla*.

En el texto “Halloween en Cuba: ¿folclor de clase B?”, Jorge Ángel Hernández afirma que “son los jóvenes consumidores de series de TV sus practicantes principales”. Repite la propaganda televisiva cubana, donde lo norteamericano y lo hollywoodense persisten en ser lo temible, lo culpable.

Habría que recordarles a los tres autores de este dossier de *La Jiribilla* la existencia de algunos proyectos y espacios decididos a enfrentarse “al ejército de la estupidez y la banalidad con que la industria cultural invade nuestras vidas”. Decenas de proyectos y espacios, como Grupo Uno, Wemilere, Omni Zona Franca, que no fueron fiestas de disfraces o simulaciones en reclamo del aguinaldo, o del *trick-or-treat* ante las autoridades que deciden celebraciones, centenarios y evocaciones.

Tales espacios y proyectos fueron finiquitados o desatendidos por el oficialismo cultural, toda vez

que evidenciaron que las propias instituciones oficiales reproducían patrones de belleza eurocéntricos, racistas, machistas y clasistas.

De esta manera, lo realmente terrible de alguien como Jorge Ángel Hernández es su esperanza en que la antropología cultural resuelva “estudiar el fenómeno, documentar sus prácticas, para que otras Ciencias Sociales decidan acercarse y emitir conclusiones”. Ojalá y esas otras ciencias a las que conjura, no sean las mismas que décadas atrás sirvieron de tesis para instaurar la parametración y los destierros socioculturales de nuestras tradiciones y costumbres mágico-religiosas.

Conocedor de mis arraigos, de mis tradiciones y de mi cultura —que ninguno de estos tres autores pudieron dilucidar para sí mismos, como evidencian en sus respectivos textos— tengo una deidad a quien implorar: Yewá.

Mientras otros deciden hacer uso de sus libertades de elección para celebrar el día de Halloween o en su defecto el final del mundo, a ella invoco pero sin el susto ante un enemigo que no existe afuera sino bien dentro nuestro: “Yewá iyá obbá oni oricha, iyá ilé icú moforibale, maferefún ibán echo” [Yewá, reina de la casa de los muertos, mujer santa te saludamos, bendícenos tú a nosotros].

La guajirá castrista en contra de Halloween

Orlando Luis Pardo Lazo

Fuente: *Cibercuba*. 7 de noviembre de 2017

La chealdad del oficialismo cubano no tiene parangón en la historia contemporánea.

En efecto, el castrismo, hoy acorralado contra la pared del Cementerio Castro, tiene que echar mano a los “cheos” para que lo defiendan en su fase final: la fase funeraria (la más feliz para el pueblo cubano).

Dicho proceso de despotismo decadente empieza, por supuesto, por la llamada “estética de la guajirá”. Es decir, por el pánico provinciano a todo lo que sea urbano, libre-pensador, cosmopolita, democrático, diverso y, en resumen, occidental.

Así que la semana pasada le tocó el turno a las fiestas de Halloween.

Y allá fueron los Tres Reyes Magos de Las Villas a despotricar, como caballitos estatales de una feria fiel, en contra de la celebración espontánea del Día de Halloween en la Isla. O sea, en contra de toda nueva ilusión juvenil. Y en contra de todo lo que apunte a un futuro sin las efemérides fósiles de la Revolución.

Son estos tres guajiros cubanos: Antonio Rodríguez Salvador, Ricardo Riverón Rojas y Jorge Ángel Hernández Pérez.

Los tres obsoletos al punto de lo obsceno, en tanto intelectuales de tercera categoría en Cuba (esos son los más peligrosos). Los tres a sueldo del periódico oficial *La Jiribilla* (que reparte computadoras baratas y una cuenta de internet a los escritores para comprarlos). Y los tres caballeros andantes de la Mesa Redonda, en contra de los molinos mercadotécnicos de ese rey malo en cuya corona se lee en mayúsculas: CAPITALISMO.

Antonio Rodríguez Salvador, obsesionado con la tara de su natal Taguasco, en los remates de Sancti Spíritus, retoma su teoría de que "hay algo en las grandes ciudades que difumina al individuo; lo empaña y lo hermetiza; lo torna extraño para el semejante". Mientras que "los pueblos pequeños, entretanto, son sustancia del mito, guardianes y carácter de la tradición; suerte de 'anticuerpos' para prevenir invasiones culturales incompatibles".

De ahí que, para él, la noche de Halloween, al ser una "fiesta esencialmente norteamericana (...) resultado del sincretismo de tradiciones cristianas y celtas", no merezca celebrarse en la Cuba del Cuartel Moncada, pues para este campesino ilustrado no tiene sentido "celebrar el arribo al equinoccio de otoño, en un país donde ni siquiera hay otoños". Y esto sin descontar el gasto que le traería al régimen tener que "importar o fabricar de plástico" las calabazas "emblemas del Halloween, esas grandes, redondeadas, color naranja".

En resumen, que el Halloween "a imagen y semejanza de Hollywood (...) en esencia significa un 'más acá' diseñado para divorciar a los pueblos de sus culturas y tradiciones, de modo que sus pautas de conducta y escalas de valores terminen coincidiendo con los intereses del mercado", ese ogro del "más allá", donde "tan solo reina la 'santa' rentabilidad de unas 'sacrosantas' transnacionales".

Por su parte, el olvidado poeta villaclareño Ricardo Riverón Rojas, de versos tan pasados de época como el yate Granma o el Maine, se lamenta en *La Jiribilla* de que "un grupo relativamente numeroso de jóvenes de los llamados 'mikis' han comenzado a reproducir, con lamentable matiz imitativo, los rituales de la que también se conoce como Noche de brujas".

Y de ahí, entonces el propio Riverón se disfraza de fiscal ofuscado de banderas rojas, y acusa a nuestra muchachada capitalina (¿capitalista?) de "una mimesis exacerbada por la desinformación, junto a unos consumos culturales centrados en el despliegue audiovisual donde lo *light* de los parlamentos, el culto a lo fastuoso y el desborde lumínico protagonizan casi todo". Incluido aquí el mayor pecado capital (¡capitalista!) que pueda concebirse en cualquier comunismo: "la exaltación a ultranza de la individualidad", en lugar de la masa amorfa que tanto le gustaba amasar al Cadáver en Jefe Fidel.

Por último, la víctima vejada por la Seguridad del Estado (y, en consecuencia, el después devenido agente delator del G2) Jorge Ángel Hernández Pérez, quien tanto hizo en Cuba entre el 2008 y el 2013 para que yo fuera arrestado por antipatriótico, plantea la tesis más interesante de todas, por ser la de una idiotez más insulsa: 1) "Son los jóvenes consumidores de series de TV sus practicantes principales". 2) "¿Hay un deseo de convertirse en personaje de la industria audiovisual cuando

convocan a Halloween en La Habana del siglo XXI?" 3) "Tampoco es barato el alquiler del disfraz, por lo que es de suponer que no son de escaso poder adquisitivo quienes se han embullado con la idea". En resumen, que todo "intento de trasplantar Halloween a Cuba", "algo insulso y efímero", es típico solo de "imitadores incultos que no sabían qué hacer con la información que recibían", por lo cual "plagian, sencillamente, la costumbre anglosajona que la industria cultural ha conseguido descafeinar". O sea, que si no tenemos un doctorado en Mitología Medieval o Estudios Culturales Comparados (que, por cierto, no se enseñan en las universidades cubanas), nunca podremos divertirnos ni siquiera durante una noche loca, en esa Cuba gris y grosera de una gerontocracia tan castrista como castrense: una dinastía en decadencia que no sobrevivirá a sus delfines descendientes. A estas alturas, no vale la pena añadir mucho a esta ristra represiva de propaganda y fobia a una vida en libertad: miedo a una existencia ligera, lúdica, y hasta lúbrica (¿por qué no?), que se burle y se oponga a la anorgasmia textual de tres machos cabríos cubanos, los tres sin ninguna experiencia internacional, aunque ya casi los tres estén en su tristísima tercera edad.

A estas alturas, por suerte, solo nos queda regocijarnos de que las nuevas generaciones de cubanos no sean tan cheas, ni lean a columnistas tan caudillistamente rancios, tan retrógrados y, lo peor, tan baratijamente cobardes como para venderse al Estado totalitario por una computadora conectada a un servidor servil.

Halloween llegó a la Isla para quedarse, damas y caballeros, príncipes y princesas, brujas y vampiritos. ¡Enhorabuena! Halloween y Hollywood son preferibles al oprobio silente de una Habana humillada por el calvinismo de la Revolución.

Y es que el legado cultural del castrismo ya no tiene cabida en nuestra imaginación, pues la chealdad criminal del verde-olivo no da ahora ni para un pésimo disfraz. Y porque los Castros no están hoy invitados a la memoria (urbana, libre-pensadora, cosmopolita, democrática, diversa y, en resumen, occidental) de los cubanos que vendrán, que ya están.